

MITOLOGÍA SUDAMERICANA.

I

EL DILUVIO SEGÚN LOS ARAUCANOS DE LA PAMPA

POR

R. LEHMANN-NITSCHÉ

*A Carlos J. Salas,
amistosamente, el autor.*

INTRODUCCIÓN

El alto interés que las tradiciones autóctonas, respecto al origen del mundo y respecto a las épocas míticas, han despertado y despertarán entre los intelectuales que se dedican al estudio del alma primitiva, justifica lo suficiente la publicación especial de un breve texto que hemos conseguido, gracias a una de las tantas sorpresas agradables que a veces suelen interrumpir la labor monótona que representa el arreglo de un material sistemáticamente recolectado. Era en una de las sesiones de la Junta de Historia y Numismática Americana, de Buenos Aires, que mi distinguido amigo, el conocido historiador y bibliógrafo doctor Carlos J. Salas, me obsequiara con una «tradición ranquelina», apuntada en Chimpay (Gobernación del Río Negro), el 15 de enero de 1917, por el señor Dardo Romero, permitiéndome al mismo tiempo su publicación si la creyera interesante. Dábame yo cuenta, inmediatamente, del valor extraordinario que el relato del indio ranquelche ofrece no solamente para la mitología de las otras tribus araucanas, sino para la mitología sudamericana en general, y en vez de guardar el texto entre manuscritos inéditos, resolví entregarlo cuanto antes a la imprenta.

Respecto al grupo de los Araucanos que han conservado la leyenda, motivo de este trabajo, observo que se trata de los descendientes de los Ranquelche, popularizados por la célebre «Excursión a los indios Ranqueles» del general Lucio V. Mansilla, obra que goza de fama bien merecida y de la cual hay varias ediciones. Preferimos, sin embargo, la designación *Ranquelche* que mejor corresponde a los componentes araucanos: *rancül*, carrizo, totora y *che*, gente; *ranquelmo*, sustantivo o adjetivo, es derivación moderna muy usada actualmente en el lenguaje popular castellano que se habla en la Pampa y la Patagonia setentrional. *Chimpay*, como oficialmente se escribe el nombre del paraje donde fué apuntado nuestro texto, significa, según la interpretación corriente: «Salida» e. d. la salida de una travesía a la derecha del Río Negro no muy lejos de Choele-Choel ⁽¹⁾ y tal explicación corresponde a *thipan*, «salir en general, partir de algún lugar» ⁽²⁾; *Thipai* o *Chipai* = salió, es pues, la forma correcta de aquel nombre geográfico que en boca española, fué cargado con una *m* para facilitar la pronunciación de la *th = ch*.

La designación: «Araucanos de la Pampa» que va en el título, necesita al fin una breve justificación. El paraje Chimpay, por cierto, pertenece tanto a la Patagonia setentrional como a la Pampa, pero debo recordar que los Ranqueles, relacionados siempre con el centro araucano de Chile, se extendían principalmente en dirección hacia el Noreste e. d. la Pampa, y no hacia la Patagonia propiamente dicho. Muy poco, al fin, importa la aplicación de una u otra designación geográfica, tratándose de comarcas, limítrofes entre las dos regiones indicadas.

Transcribimos a continuación el texto que luego se analizará en el comentario:

EL TEXTO DE CHIMPAY

Antes la tierra era toda agua y los pobres indios tuvieron que refugiarse en las montañas para no morir de hambre.

Llovía siempre con fuerza y era de noche.

Y también en las montañas se refugiaron los avestruces, los

(1) MILANESIO, *Etimología araucana*, p. 17. Buenos Aires, 1915.

(2) FEBRÉS, *Calepino chileno-hispano*, Lima 1765. Reimpresión de Juan M. Larsen, p. 244-245. Buenos Aires, 1882.

peludos y los guanacos y así tuvo el indio de que alimentarse.

Y como los indios tenían que pasar de un cerro a otro para buscar leña y el aire era negro, pidieron al sol que les alumbrara el camino durante la noche para no ahogarse en las lagunas que habían formado las lluvias [y que impidiera que los espíritus de los muertos malos entraran en el corral de los muertos].

Y el sol mandó a su mujer la luna, que se fuera a los cielos y desde allí alumbrara a los indios de la tierra, e impidiera que los espíritus de los muertos malos entraran en el corral de los muertos.

Y como la luna se puso en camino durante la lluvia llevando el fuego en sus manos, éste se enfrió en el camino y por eso la luna alumbraba con luz fría y que no tiene calor.

Y así los espíritus malos no pudieron entrar nunca en el corral de los muertos y quedaron errando en el aire.

Y cuando las aguas bajaron, los indios se fueron a vivir en los campos donde hay pastizales y donde viven los avestruces y los guanacos.

COMENTARIO COMPARATIVO RESPECTO A CHILE

Empieza el mito a narrar un gran diluvio, producido a causa de lluvias continuadas, y sigue ocupándose de los dos astros tan importantes para la mitología, el sol y la luna.

Como entre las leyendas araucanas ya hay antecedentes respecto a estos dos motivos, trataremos en seguida el primero, o sea:

EL DILUVIO

En la famosa obra del padre Diego de Rosales, escrita al fin del siglo XVII y publicada en 1877 por Benjamín Vicuña Mackenna, hallamos la narración más antigua y, al mismo tiempo, más completa sobre la creencia de los aborígenes de Chile respecto al diluvio. Parece que la edición del viejo código no llegó a difundirse lo suficiente en el mundo científico, pues ninguno de los mitólogos que han dedicado al célebre motivo de la inundación, monografías especiales ⁽¹⁾, conocen el libro de aquel historiador; sólo en los trabajos de los modernos autores chilenos, está mencionado o extractado con relativa frecuencia.

(1) ANDREE, *Die Flutsagen. Ethnographisch betrachtet*. Braunschweig, 1891.

WINTERNITZ, *Die Flutsagen des Altertums und der Naturvölker. Mitteilungen der Anthropologischen Gesellschaft in Wien*, XXI, p. 305-333. 1901.

Para nuestros fines, es imprescindible reproducir el texto tal cual lo relata Rosales: (1)

Tienen muy creído que cuando salió el mar y anegó la tierra antiguamente sin saber cuándo (porque no tienen serie de tiempos ni cómputo de años), se escaparon algunos indios en las cimas de unos montes altos que se llaman Tenten, que los tienen por cosa sagrada. Y en todas las provincias hay algún Tenten o cerro de grande veneración, por tener creído que en él se salvaron sus antepasados de el diluvio general, y están a la mira para si hubiere otro diluvio, acogerse a él para escapar de el peligro, persuadidos de que en él tienen su sagrado para la ocasión... Añaden a esto, que antes que sucediese el diluvio o salida de el mar que ellos imaginan, les avisó un hombre pobre y humilde, y que por serlo no hicieron caso de él... En la cumbre de cada uno de estos montes altos llamados Tenten, dicen que habita una culebra de el mismo nombre... y que antes que saliese el mar, les dijo lo que había de suceder, y que se acogiesen al sagrado de aquel monte, que en él se librarían y él los ampararía. Mas que los indios no lo creyeron y trataron entre sí que si acaso sucediese la inundación que decía Tenten (2), unos se convertirían en ballenas, otros en peje espada, otros en lisas, otros en róbalos, otros en atunes y otros pescados; que el Tenten les favorecería para eso: para que si saliesen derrepente las aguas y no pudiesen llegar a la cumbre de el monte, se quedasen nadando sobre ella transformados en peces...

Fingen también que había otra culebra en la tierra y en los lugares bajos llamada Caicai-Vilu, y otros dicen que en esos mismos cerros, y que ésta era enemiga de la otra culebra Tenten (3) y asimismo enemiga de los hombres, y para acabarlos hizo salir el mar, y con su inundación quiso cubrir y anegar el cerro Tenten y a la culebra de su nombre, y asimismo a los hombres que se acogiesen a su amparo y trepasen a su cumbre. Y compitiendo las dos culebras Tenten y Caicai, ésta hacía subir el mar y aquélla hacía levantar el cerro de la tierra y sobrepujar al mar tanto cuanto se levantaban sus aguas (4). Y que lo que sucedió a los indios cuando el mar comenzó a salir y inundar la tierra, fué que todos a gran prisa se acogieron al Tenten, subiendo a porfía a lo alto y llevando cada uno consigo sus hijos y mujeres, y la co-

(1) ROSALES, *Historia general de el reino de Chile*, edición Benjamín Vicuña Mackenna, I, p. 4-6. Valparaíso, 1877.

La parte que nos interesa, también está reproducida, aunque con omisiones (compárese página 31, primera línea) en: MEDINA, *Los aborígenes de Chile*, pág. 29-31. Santiago, 1882. — Según este libro, la leyenda del diluvio, abreviada y arreglada, fué insertada por Alberto del Solar en su *Huincahual, narración araucana*, pág. 64-67. París, 1888. No sabemos en qué se basa el novelista cuando atribuye la causa de aquel diluvio a una lluvia copiosísima que cayó sobre la tierra en torrentes y no cesó durante lunas enteras.

(2) *Tenten* se llamó entonces aquel hombre «pobre y humilde»; la narración española, en muchos detalles de su estilo reproduce el original araucano.—Nota de R. L. N.

(3) Resulta, pues, que aquel hombre «pobre y humilde», de nombre Tenten, era una culebra así llamada que se había trocado en hombre al presentarse a los indios.—Nota de R. L. N.

(4) Motivo del «cerro creciente». — Nota de R. L. N.

mida que con la prisa y la turbación podían cargar. Y a unos les alcanzaba el agua a la raíz de el monte y a otros al medio, siendo muy pocos los que llegaron a salvarse a la cumbre. Y a los que alcanzó el agua, les sucedió como lo habían trazado, que se convirtieron en peces y se conservaron nadando en las aguas, unos transformados en ballenas, otros en lisas, otros en róbalos, otros en atunes y otros en diferentes peces. Y de estas transformaciones, fingieron algunas en peñas, diciendo: que porque no los llevasen las corrientes de las aguas, se habían muchos convertido en peñas por su voluntad y con ayuda de el Tenten. Y en confirmación de esto muestran en Chiloé una peña que tiene figura de mujer con sus hijos a cuestras y otros a los lados, que el autor de la naturaleza la crió de aquella forma que parece mujer con sus hijos. Y tienen muy creído que aquella mujer en el diluvio, no pudiendo llegar a la cumbre de el Tenten, le pidió transformarse en piedra con sus hijos porque no la llevasen las corrientes, y que hasta ahora se quedó allí convertida en piedra. Y de los que se transformaron en peces, dicen que pasada la inundación o diluvio, salían de el mar a comunicar con las mujeres que iban a pescar o coger mariscos, y particularmente acariaban a las doncellas, engendrando hijos en ellas; y que de ahí proceden los linajes que hay entre ellos de indios que tienen nombres de peces, porque muchos linajes llevan nombres de ballenas, lobos marinos, lisas y otros peces (1). Y ayúdalos a creer que sus antepasados se transformaron en peces, el haber visto en estas costas de el mar de Chile, en muchas ocasiones, sirenas que han salido a las playas con rostro y pechos de mujer y algunas con hijos en los brazos.

Asentadas estas fingidas transformaciones y soñado diluvio, queda la dificultad de cómo se conservaron los hombres y los animales; a lo cual dicen: que los animales tuvieron más instinto que los hombres, y que conociendo mejor los tiempos y las mudanzas, y que conociendo la inundación general, se subieron con presteza al Tenten y se escaparon de las aguas en su cumbre, llegando a ella más presto que los hombres que por incrédulos fueron pocos los que se salvaron en la cumbre de el Tenten. Y que de éstos murieron, los más, abrasados de el sol. Porque como fingen que las dos culebras, Cacai y Tenten, eran enemigas, y que Cacai hizo salir las aguas de el mar para que, sobrepujando a los montes, anegasen a los hombres y al monte Tenten y a su culebra que los favorecía, y que Tenten, para mostrar su poder y que ni el mar le podía inundar ni sobrepujar con sus aguas, se iba suspendiendo y levantando sobre ellas. Y que en esta competencia la una culebra que era el Demonio, diciendo *cái cái* hacía crecer más y más las aguas, y de ahí tomó el nombre de Caicai. Y la otra culebra, que era como cosa divina, que amparaba a los hombres y a los animales en lo alto de su monte, diciendo *ten ten* (2), hacía que el monte se suspendiese

(1) Rasgos característicos del totemismo.—Nota de R. L. N.

(2) *Cái cái*, respectivamente *ten ten*, son entonces, según la fonética araucana, las transcripciones del grito característico de cada víbora. Los zoólogos modernos no están de acuerdo respecto a los sonidos producidos o no por los ofidios; en la creencia popular, seguramente hay mucha exageración; por otra parte, es error considerar los ofidios como mudos.—Nota de R. L. N.

sobre las aguas ⁽¹⁾, y en esta porfía subió tanto que llegó hasta el sol. Los hombres que estaban en el Tenten, se abrasaban con sus ardores, y aunque se cubrían con callanas y tiestos, la fuerza de el sol, por estar tan cercanos a él, les quitó a muchos la vida y peló a otros, y de ahí dicen que proceden los calvos. Y que últimamente el hambre los apretó de suerte que se comían unos a otros. Y solamente atendieron a conservar algunos animales de cada especie para que multiplicasen, y algunas semillas para sembrar.

En el número de los hombres que se conservaron en el diluvio, hay entre los indios de Chile grande variedad, que no puede faltar entre tantos desvaríos. Porque unos dicen que se conservaron en el Tenten dos hombres y dos mujeres con sus hijos. Otros, que un hombre solo y una mujer a quienes llaman Llituche, que quiere decir en su lengua principio de la generación de los hombres ⁽²⁾, sean dos, o cuatro con sus hijos. A éstos les dijo el Tenten que para aplacar su enojo ⁽³⁾ y el de Caicai, señor del mar, que sacrificasen uno de sus hijos, y descuartizándole en cuatro ⁽⁴⁾ partes, las echasen al mar para que las comiesen los reyes de los peces y las sirenas, y se serenase el mar. Y que haciéndolo así, se fueron disminuyendo las aguas y volviendo a bajar el mar. Y al paso que las aguas iban bajando, a ese paso iba también bajando el monte Tenten hasta que se asentó en su propio lugar ⁽⁵⁾. Y diciendo entonces la culebra: *ten ten*, quedaron ella y el monte con ese nombre de Tenten, célebre y de grande religión entre los indios.

Extractos de la misma leyenda se hallan en las obras de otros antiguos cronistas que escribieron sobre la historia de Chile, y también en los trabajos lingüísticos de aquella época, va intercalada una que otra breve noticia al respecto. Para completar nuestro estudio, reproducimos todos esos párrafos, más o menos en orden cronológico, pues por más cortos que sean, comprueban por lo menos el interés que la leyenda diluvial de los Araucanos despertara en el mundo intelectual de aquel entonces.

Escribe el padre Pedro de Córdoba y Figueroa lo siguiente ⁽⁶⁾:

(1) No está bien claro si se trata del motivo del «cerro creciente» o del «cerro flotante», ver más adelante. — Nota de R. L. N.

(2) FEBRES (obra citada, p. 141) escribe: «*Llitu*, el principio y comienzo de cualquier cosa; *Llitun*, principiari (activo y neutro).» — Nota de R. L. N.

(3) La leyenda no explica el enojo de Tenten que ha de ser el «señor de la montaña», enemigo de Caicai, señor del mar. — Nota de R. L. N.

(4) «Cuatro es el número sagrado de los mapuches lo mismo que de muchas otras tribus americanas» — Nota de R. Lenz al ocuparse del texto de Rosales (*Tradiciones*, etc., p. 17, ver más adelante).

(5) Esta frase se refiere al motivo del «cerro flotante», ver las notas 4, página 31 y I, página 33. — Notas de R. L. N.

(6) CÓRDOBA Y FIGUEROA, *Historia de Chile* [c. 1740-1745]. *Colección de historiadores de Chile y documentos relativos a la historia nacional*, II, p. 26-27. Santiago de Chile, 1862.

«Tenían noticia del universal diluvio, bien que adulterada con ridículas circunstancias, como el que ciertos montes a quienes llaman *Thegtheg* (1), que el día de hoy aun los mencionan, crecían excediendo siempre a las aguas, y que en ellos se libraron algunos, de los cuales se había multiplicado el linaje humano».

El padre Miguel de Olivares es más explícito cuando dice (2):

«Es particular superstición y muy circunstanciada la que tienen en tiempo de temblores grandes: luego que ha pasado la mayor violencia del movimiento, se aperciben hombres y mujeres de cosas de comer y de platos grandes en la cabeza, y cargando con sus hijuelos y su pobre ajuar se encaminan al monte más cercano de los que llaman Tenten, que son los que tienen tres puntas que van en declinación hasta lo más bajo de la llanura, y sólo puestos en su cima se dan por seguros. Dan la razón de este hecho, diciendo: que en semejantes terremotos como sale el mar algunas cuadras fuera, así es de temer que inunde toda la tierra, según tienen por tradición que sucedió en tiempos de mucha antigüedad. Que este Tenten, tiene la buena cualidad de sobrenadar las aguas, y que puestas sobre él con sus alimentos se mantendrán el tiempo que durare la inundación. Más preguntando por los platos, dicen con grande aseveración que pueden subir tanto las aguas y el Tenten sobre ellas que lleguen hasta el mismo globo del sol, en cuyo caso aquel plato que llevan en la cabeza, los defenderá para no abrasarse. Lo más admirable de su simplicidad es que aquellos platos no son de barro ni de metal, sino de madera, y con todo eso los juzgan exentos de los incendios de aquel astro fogoso!» (3)

(1) A pronunciarse *Theg theg*, e. d. con *n* nasal como en la palabra francesa *bâton*, etc. Este sonido, en los antiguos documentos fué impreso con la letra *g*, generalmente de un tipo distinto. Más adelante, al reproducir los antiguos textos, hemos reemplazado la *g* respectiva con los consonantes *ng*.

Esa palabra araucana adquirió carta de ciudadanía en el idioma de los Patagones y también en el lenguaje popular castellano que se habla en Patagonia, pero no reducida sino simplificada en *chenque* con lo cual se designa una tumba indígena situada en la cumbre de los cerros altos y construída de piedras amontonadas en círculo.— Nota de R. L. N.

(2) OLIVARES, *Historia militar, civil y sagrada de Chile* [mitad del siglo XVIII]. *Colección de historiadores de Chile y documentos relativos a la historia nacional*, VI, p. 53. Santiago, 1864.

(3) El origen de esta leyenda se refiere, pues, a la época en la cual el sol fué considerado persona como en el texto de Chimpay; los platos llevados a la cabeza, no tenían, pues, otro objeto que transportar los víveres. Como en todos los textos chilenos, el sol ya no es más antropomorfizado sino considerado como lo que es realmente o sea foco del calor, la mente de los aborígenes buscó relacionar esta modernización de ideas primitivas, con uno que otro detalle de la tradición, en el presente caso, ese de los platos, sin tomar en consideración que eran de material inflamable, pues los platos y utensilios de cocina fueron fabricados y lo están hoy en día todavía, por los Araucanos, casi únicamente de madera. Los textos modernos han adaptado, sin embargo, aquella clase de vianda a los rayos solares, reemplazando aquellos platos de madera por ollas de greda (ver nota 3, página 41); ver también nota 2, página 36.— Nota de R. L. N.

Los conocidos gramáticos padres Bernardo Havestadt y Antonio Febrés, intercalan en sus obras, fragmentos de la leyenda diluvial en la siguiente forma:

«Algunos miles de años ha, diz que los ríos tuvieron una grande avenida, los mares también vinieron a salir para tierra adentro, con esto fué subiendo el agua sobre la tierra, sobre los árboles grandes, sobre los cerros, y de esta suerte se ahogó toda la gente en todo el mundo, ocho sólo se libraron, cuatro hombres y cuatro mujeres, en un cerro llamado Thengtheng; éstos engendraron todos los otros hombres...» (1)

«Chengcheng o Thengtheng, unos cerros donde dicen se escaparon del Diluvio aquellos de quienes descienden».

«Thengtheng o Chengcheng, unos cerros, en donde dicen se escaparon del Diluvio sus antepasados; *hinc non nemo montes Armeniae interpretatus est.*» (2)

«Montes in quibus Majores suos, aiunt, diluvium evasisse, *teng-teng.*» (3)

Más amplio es el texto que el abate Juan Ignacio Molina publicó ya al fin del siglo XVIII en su *Saggio* sobre la historia de Chile, obra que alcanzó bastante circulación en Europa; por consiguiente, la leyenda araucana del diluvio cuando es tratada por autores europeos, p. ej. por Andree y Winternitz (cuyos trabajos ya fueron citados), está extractada del libro de

(1) FEBRÉS, *Arte de la lengua general del reyno de Chile...*, No. 268. Lima, 1765. — Reimpresión de Juan M. Larsen, Buenos Aires, 1884.

El texto continúa como sigue:

«Así fué; se fué esparciendo la gente por toda la tierra, y llegó a esta tierra, así se volvió a llenar de gente. Después que pasaron muchísimos años, estando bien poblado Chile, diz que apareció un hombre blanco, llamado Thomé, que tenía su porte, su cara y sus cabellos parecidos a estos españoles que ahora están; diz que dijo, muchas buenas noticias os traigo, es a saber, cosas del cielo: hay un grande señor que todo lo sabe, todo poderoso, señor del cielo y señor de la tierra, que todo lo gobierna, el cual crió el sol, la luna y las estrellas, y a nosotros nos crió también en la tierra, todas estas noticias vino a dar, y otras grandes cosas anduvo contando por esta tierra; llegó, dicen también, a tierra de Uco, hacia la ciudad de Mendoza, para dar a toda esa gente las noticias que traía; pero éstos no hicieron caso, no quisieron, dicen, dar oído a estas cosas; por esta causa vengan acá las zorras, hubo de decir ese hombre que vino, o sea español; ya que no quieren oír los hombres, vengan a oír las zorras, los leones, los guanacos, los otros animales; entonces (¡qué grande maravilla vió esa gente!) vinieron a estar oyendo las zorras, los leones, los lagartos y otros animales, vinieron a estar sobre una grande piedra, y en ella dejaron sus huellas, y ese español dejó puestas sus pisadas en la piedra, y todavía se ven ahora».

Hemos reproducido el largo párrafo pues su principio recuerda bastante la tradición peruana de Viracocha.

(2) FEBRÉS, *Calepino chileno-hispano*, etc., p. 43, 241.

(3) HAVESTADT, *Chilidungu sive res chilenses...* [1777]. Reimpresión de Julio Platzman, No. 492. Lipsiae, 1883.

Molina; hace algunos años, el infatigable historiador chileno, José Toribio Medina, a cuya labor tanto debe la ciencia universal, ha intercalado en su *Colección de historiadores de Chile*, una traducción castellana de la cual copiamos los párrafos siguientes (1):

« Se conserva entre ellos la memoria de un gran diluvio, en el cual dicen que no se salvaron sino pocas personas, sobre un alto monte dividido en tres puntas, llamado *Thengtheng*, esto es, el tonante o el centellante, que tenía la virtud de fluctuar sobre las aguas. De aquí se infiere que este diluvio no vino sino después de alguna erupción volcánica, acompañada de grandes terremotos, y verosímelmente es muy diverso del noético. Efectivamente, siempre que la tierra se sacude con vigor, aquellos habitantes procuran refugiarse a los montes que tienen cuasi la misma figura, y por consecuencia, la misma propiedad de nadar; diciendo ser de temerse que después de un fuerte temblor salga el mar otra vez fuera e inunde toda la tierra. En estas ocasiones llevan consigo muchos víveres y platos de madera para preservarse la cabeza del calor, en el caso que el *Tengtheng*, elevado por las aguas, subiese hasta el sol. Pero cuando se les opone que para este objeto serían más acertados los platos de tierra que son menos sujetos a quemarse, dan una respuesta que es también entre ellos muy común, esto es, que sus antecesores lo hacían siempre así. » (2)

Desde que los antiguos cronistas transmitieran el mito araucano respecto al diluvio, han pasado más de cien años hasta que el interés para tales cosas, renaciera en la patria de aquellos indígenas. Puede decirse que el doctor Rodolfo Lenz es el iniciador de una nueva era de investigaciones de esta índole, y aunque él mismo no logró conseguir versiones modernas de la antigua tradición—hecha excepción de una breve observación que va más adelante—el empuje dado por sus *Estudios araucanos*, hizo notarse en estudios posteriores sobre el idioma y el *folklore* de los aborígenes chilenos. Respecto al diluvio, don Tomás Guevara, bien conocido por muchas obras sobre materia araucana, varias veces hace mención de la leyenda respectiva. La primera vez, después de referirse brevemente al texto de Rosales, escribe (3):

(1) MOLINA, *Compendio de la historia civil del reino de Chile* .. II. *Colección de historiadores de Chile y documentos relativos a la historia nacional*, XXVI, p. 174. Santiago de Chile, 1901.

(2) Ver la nota 3 de la página 34 y nota 3 de la página 41. Los « antecesores lo hacían siempre así », ¡por que no tenían otra clase de platos! — NOTA DE R. L. N.

(3) GUEVARA, *Historia de la civilización de Araucanía*, I, p. 89. Santiago de Chile, 1898.

« Al presente, los indios conservan aún esta tradición y todavía creen que algunas rocas salientes de los cerros y llanos, *huitralcura* (1), son los cuerpos petrificados de los antiguos. Conservan también algunas alturas la denominación de *Tenten* o *Trentren*, como una en Los Sauces, departamento de Angol, de 606 metros sobre el mar, y otras en las provincias de Cautín y Arauco (2). »

En otra de sus obras que trata especialmente de la parte psicológica de los Araucanos, el mismo autor escribe: (3)

« Las leyendas del mapuche acerca la cosmogonía parecen inventadas para distraer a los niños. Conservan la relativa al diluvio, y hasta no hace muchos años huían en los temblores a guarecerse a la cumbre de los cerros altos, *trentren*. Sobre la creación del hombre no conservan leyenda alguna; sólo daban antes el nombre de *peñi epatun* a los primeros habitantes de la tierra araucana, sin saber quienes eran ni de donde vinieron.

« Los animales salieron del interior de los cerros del Este, los Andes.

« El temblor era un toro colosal que sacudía las espaldas debajo de la tierra.

« Todas las antiguas ideas cosmogónicas han sido reemplazadas hoy por la acción de *Ngúnchen*, espíritu director del mundo araucano: las múltiples manifestaciones de la naturaleza, vientos, conmociones terrestres, lluvias, tempestades, se deben a su voluntad. »

En el penúltimo libro de Guevara, al fin, no hay más que el dato siguiente: (4)

« Los viejos no han olvidado la leyenda del diluvio, de unos cerros muy altos llamados *Trentren*, donde se salvaron muy pocas personas de las aguas que cubrieron el territorio... Los jóvenes no poseen noción alguna sobre estas tradiciones. »

En sus *Estudios sobre la lengua veliche*, el dialecto más austral del idioma araucano, Alejandro Cañas Pinochet (5) tam-

(1) *Huitralcura*, de *kura*, piedra; *huitral*, probablemente de *huitran*, levantarse.—NOTA DE R. L. N.

(2) FRANCISCO J. CAVADA, dice que cerca de Castro hay un cerro de nombre Tenten, que, como su homónimo en la isla Tancoión, de grupo de las Chauques, encierra una tradición, de origen indígena, y después de citar los párrafos de Guevara, arriba reproducidos, agrega: « Al occidente de la Isla [de Chiloé] existe también el cerro *Caicay*, del vocablo *cay* que significa « señor del mar » y que... era el nombre de la culebra autora de la inundación de que habla la leyenda y cuyo silbido anuncia las salidas de mar o los diluvios. » (CAVADA, *Chiloé y los chilotes...* *Revista chilena de historia y geografía*, III, p. 446, 1912 = *Revista de folklore chileno*, V, p. 89, 1914.)

(3) GUEVARA, *Psicología del pueblo araucano*, p. 326. Santiago de Chile, 1908.

(4) GUEVARA, *Las últimas familias y costumbres araucanas*, p. 276. Santiago de Chile, 1913.

(5) CAÑAS PINOCHET, *Estudios de la lengua veliche*. *Trabajos del cuarto Congreso científico [latino-americano] (1.º pan-americano), celebrado en Santiago de Chile del 25 de Diciembre de 1908 al 5 de Enero de 1909*, XI (= 3, I), p. 255, 326.

bién menciona el Cai-cai (1) y el Tren-tren y dice respecto al «Cay», que es (según la creencia actual de los indios) el «Señor o Dios del mar. Es el *Cay Cay* de Rosales y de otros cronistas que suponen una culebra autora del desbordamiento del mar que causó el diluvio, inundó las tierras bajas y ahogó a los hombres que no alcanzaron a refugiarse en los *Trren Trren*.» Cita en seguida nombres geográficos compuestos con la designación de aquel reptil, a saber:

Cay-Cay-Vilu, lugarejo de Sauzal, en el departamento de Cauquenes; *vilu*=víbora.

Caymacahuin, lugarejo en Rere; *cay*, el dios del mar; *ma*, por *fa*, este, esto, esta, aquí; *cahuin*, reunión, reunión bulliciosa o simplemente bullicio;

Caymaco; *cay*, *ma*, ver arriba; *co*, agua;

Caypulli, en Valdivia; *pulli*, alma, espíritu;

Caycura, en Osorno; *cura*, piedra;

Licay; *lin*, según Cañas Pinochet, altura, cerro, cueva;

Caylin, isla de Chiloé, *idem*.

El *Trren-Trren* (como escribe Cañas Pinochet), también sirve a formar nombres geográficos: «Son conocidos esos empinados cerros con el nombre de Ten-Ten; y los hemos visto en Name (departamento de Cauquenes), cerca de Castro; en Puerto Montt, en Río Bueno, inmediato al pueblo de Arauco, en las islas Chauques en Chiloé y en la tercera subdelegación del departamento de Lebu, llamado Antilhue.»

No obstante de que algunos autores han asegurado que hoy en día, la leyenda de aquel diluvio es desconocida a los indígenas, hay textos modernos relacionados con este tema. Tomás Guevara publicó uno en 1908 (2), agregándole más tarde el original araucano (3), a base del cual, R. Lenz (4) dió en 1912 una versión castellana más literal. Según las fuentes indicadas, la narración del indio Nahuel Huinca puede reproducirse en la forma siguiente:

(1) CAÑAS PINOCHET cree que *cay* tiene relación con el idioma quichua donde «significa el Ser Supremo, Dios. Es el infinito de *cani* que significa *ser*: se compone con nombres, sustantivos, adjetivos y participios», etc. Dejamos constancia, que para los araucanos, *cai cai* es el grito de un ofídeo (como *or or* él del cerdo, *uárr uárr* él del zorro, etc., según nuestras investigaciones) y nada tiene que ver con una forma verbal.

(2) GUEVARA, *Psicología*, etc. p. 335-336.

(3) GUEVARA, *Folklore araucano*..., p. 105-106. Santiago de Chile, 1911.

(4) LENZ, *Tradiciones e ideas de los Araucanos acerca de los terremotos. Anales de la Universidad de Chile*, CXXX, p. 763-764; tiraje aparte p. 10-11. Santiago de Chile, 1912.

Nahuel Huinca era joven todavía en el tiempo del terremoto. Cuatro adivinos llamados Maripil, Puran, Ruquil y Paillal, anunciaron a los caciques un temblor que iba a durar seis días. Dijeron que de una laguna iba a salir un *caicai* (mito) para juntarse con el *llun-llun* ⁽¹⁾ (animal forma de gato). Si se juntaban los dos, se acabaría el mundo. Así dijeron los adivinos.

Entonces los caciques hicieron un *ngillatun* (parlamento) en Puancho, a la orilla de la laguna de la cual había de salir el *cai cai*. Mataron borregas negras, y a un mapuche llamado Antío lo mataron con lanza y le dijeron que no dejara pasar al *cai cai*. El cuerpo del muerto fué echado a la laguna.

Al cuarto día del temblor sintieron como un remolino de viento desde la laguna donde el *cai cai* había de salir. Era en efecto el *cai cai*. Le tiraron el lazo y lo atajaron entre todos con lanzas y lo hicieron volver a la laguna. Entonces ya no tembló más.

La tradición, sin embargo, ya empieza a desfigurarse entre los mismos indios, pues uno de ellos describió a T Guevara el *cai cai*, en vez de víbora, como cuadrúpedo acuático: ⁽²⁾

« *Cai cai* es un animal que tiene la forma de un caballo recién nacido. Le arrastra la melena. Vive como el *Llul llul* en el agua. »

Otro de los textos modernos relacionados con la antigua leyenda del diluvio, se debe al capuchino bávaro Fray Félix José de Augusta quien lo publicó en original mapuche y traducción castellana, como capítulo de sus importantísimas *Lecturas araucanas*. Como a nosotros sólo interesa la parte mitológica del « cuento », lo relatamos a base de la versión española que hemos modificado y pulido para facilitar su lectura; helo aquí « la visión de una machi [curandera] »: ⁽³⁾

(1) Según Fray Félix José de Augusta (*Lecturas araucanas...* p. 236. Valdivia, 1910 el « señor del mar » o *nguenlafquen*, es un gato merino *ñullñull*. « Dicen de él los indios que produce el ruido del mar, y que con cambiarse de un lugar a otro se oye este ruido en distintas direcciones. Lo respetan y probablemente lo invocan para tener suerte en la pesca, y temen mucho matarlo o aprisionarlo, porque 'al que se atreve a hacerlo, le persigue el mar subiendo tras él en los riscos y se lo traga, si no deja su presa'. »

La palabra *llun llun* o *ñull ñull*, está emparentada con *lloclla*, del idioma quichua, compárese el dato siguiente:

« Hoy se dice en quechua *Lloclla uno*, el diluvio; ya que *Lloclla*, es avenida torrenciosa, abundante; los vocabularios de Mossi y Holguín, le dan la misma acepción... »

(Horacio A. Urteaga, en su comentario a la edición de CRISTÓBAL DE MOLINA, *Relación de las fábulas y ritos de los Incas...* Colección de libros y documentos referentes a la historia del Perú, I, p. 5, nota 5. Lima, 1916.)

(2) GUEVARA, *Psicología*, etc., p. 324.

(3) AUGUSTA, *Lecturas araucanas* (narraciones, costumbres, cuentos, canciones, etc.), p. 8-9, 268-269. Valdivia, 1910.

«Así dijo la machi: Se me apareció un hombre pequeño, un extranjero que había salido del medio del agua y subido al cielo. De allá bajó y conversó conmigo:

«Yo pensaba cómo encontrarte; hoy te he encontrado y hablaré contigo. Ha de salir el mar; a los extranjeros mataré con agua; vosotros tendréis que sufrir inocentemente con ellos; son, pues, los extranjeros los que debo matar; los indígenas no tienen culpa; con los extranjeros pues, acabaré. Diez y ocho días faltan para salir el mar. En todas partes, pues, dirás: Se ha hecho oír la serpiente Kaikai; una vez se ha hecho oír; si se hace oír otra vez, saldrá el mar.»

El mismo indígena agregó como notas explicativas, lo siguiente:

«La serpiente Kaikai relincha cuando el mar ha de salir; ella está en la cima del cerro Trengtreg (1) y sube junto con él (2) al salir el mar. Como ella relincha y grita muy fuerte, se la oye en todas partes.

«El cerro Trengtreg tiene cuatro patas y al salir el mar, sube; entonces queda unido con el cielo. El agua, pasados cuatro días, recalca y vuelve a juntarse hasta que ya no hay agua; entonces baja otra vez el Trengtreg.»

Al comparar el texto del Padre Diego de Rosales con el moderno recién reproducido, dice Fray Félix José de Augusta, que son algo diferentes, y continúa: «Mas de eso no se deduce que dicha forma [la antigua] sea la primitiva y la nueva solamente la adulteración de aquella antigua, pues es muy posible que en la época del citado historiador, se contara el mismo mito con diversas variantes.»

En su *Diccionario araucano* (3), nuestro autor condensa nuestra leyenda para los artículos *kaikaifilu* y *treng treng*, respectivamente, y termina el último con la observación, que al pie de los cerros llamados *treng treng*, los indígenas no sembraban.

El último de los textos modernos se debe a la labor de Eulogio Robles Rodríguez, socio de la «Sociedad de folklore chileno», y dice como sigue (4):

(1) Se ve que la tradición ya empieza a confundirse; en el *Trengtreg*, vive la víbora de este nombre y no el ofidio acuático *caikai*.

(2) Motivo del «cerro creciente».—NOTAS DE R. L. N.

(3) AUGUSTA, *Diccionario araucano-español y español araucano*, I, p. 73, 228. Santiago de Chile, 1916.

(4) ROBLES RODRÍGUEZ, *Costumbres y creencias araucanas: Guillatunes. Anales de la Universidad de Chile*, CXXVII, p. 165-168 = *Revista de la Sociedad de folklore chileno*, I, p. 239-41. 1911.

«Hace mucho tiempo... hubo una grande inundación. Un enorme lagarto salió del centro de la tierra y gritó: Cai-Cai! La tierra se agrietó por muchas partes. Gruesos borbollones brotaron de esas grietas y llenaron de agua los campos. La gente se refugió en una altura llamada Tren-Tren. Con rapidez ascendieron también a ella toda clase de seres: leones, venados, pájaros y 'grandísima cantidad de sabandijas' (1). Cubierta la superficie de los campos, el nivel del agua se elevaba más y más. Empero no podía llegar a la cumbre del Tren-Tren que crecía en altura a medida del ascenso del agua. (2) Subía y subía el Tren-Tren y llegó tan arriba que casi tocó al sol. La temperatura se hizo insoportable. Para refrescarse la gente se ponía sobre sus cabezas, ollas de greda (3) llenas de agua. En la cumbre del Tren-Tren, espacio reducido, era peligroso moverse con tanta sabandija y 'tanta culebrería', según la gráfica y textual expresión de uno de nuestros informantes, y las mujeres tuvieron que amarrarse estrechamente las extremidades de sus vestidos para librar las piernas de las ofensas de esos bichos. Oyóse el grito: Tren-Tren!, y las aguas comenzaron a bajar, como a subir cuando se oyó el de: Cai-Cai!

«Los indios celebraron entonces su primer *guillatun*. Sacrificaron un niño huérfano para obtener la sangre que se empleó en la ceremonia. En pos de este sacrificio vino el de gallos y gallinas cuya sangre iban vertiendo en las aguas que se retiraban»

Observa el señor Eulogio Robles Rodríguez, que *sólo tres* indios relacionaban el mito de aquella gran inundación con el origen de los «guillatunes» o fiestas rogativas que describe en su monografía, y agrega una variante, oriunda de la costa de Arauco:

«El agua no provino del seno de la tierra: fué una salida de mar. Precedió a su irrupción un animal que surgiendo de él, gritaba: hupe! hupe! Cuando se retiraron las aguas, el animal se fué mar adentro gritando: cai! cai! Era un monstruo con cuernos sin forma determinada (4), del color de las aguas, y fué visto de costado en medio del oleaje. En la altura del Tren-Tren, los refugiados debían soportar silenciosos que culebras y lagartijas se pasearan libremente por su cuello y rostro y si proferían palabras, al momento quedaban convertidos en piedras. Al comienzo de la inundación, se vió un mapuche navegando en un bote a dos remos en el agua que invadía la tierra, y cuando bajó, el mismo indio se fué mar adentro perdiéndose de vista. Era el dueño de las aguas».

(1) Este detalle coincide con el texto de Chimpay: «Y también en las montañas se refugiaron los avestruces, los peludos y los guanacos.» — NOTA DE R. L. N.

(2) Motivo del «cerro creciente.» — NOTA DE R. L. N.

(3) Con el andar de los tiempos, los platos de madera fueron sustituidos por esas «ollas de greda», mejor adecuadas para resistir a los rayos solares; ver la nota 3, página 34 y nota 2, página 36. — NOTA DE R. L. N.

(4) Otro comprobante para la transformación paulatina de la leyenda. — NOTA DE R. L. N.

El primero de los dos textos publicados por E. Robles Rodríguez, va acompañado de la siguiente nota, firmada por el doctor Rodolfo Lenz:

«He oído la misma leyenda a algunos indios de Ilicura (provincia de Arauco); pero cuando les pregunté de donde la sabían, me dijeron, con toda ingenuidad, que así se lo había contado *un señor cura de Angol* (1). No cabe duda de que la conservación de este mito se debe exclusivamente al hecho de que el Padre Rosales lo ha narrado en su Historia. Será difícil, sino imposible averiguar si existía realmente entre los mapuches»...

Nosotros, al fin, al hacer investigaciones mitológicas entre los Araucanos de la Pampa que dieron por resultado un amplio manuscrito de textos, inéditos todavía—hecha excepción de una que otra leyenda—, no hemos hallado rasgos de la tradición diluviana; de ella había quedado, como eco agonizante, el grito de una de las víboras: *cai cai*; así, explicóme Nahuelpi, grita la serpiente llamada *filu* en su idioma.

La suposición del padre F. J. de Augusta respecto a la existencia de variantes del mito diluvial, queda confirmada, me parece, por otra leyenda también transmitida por el ya citado P. Diego de Rosales, y es curioso que esta segunda, no haya llamado la atención de los especialistas chilenos; supongo que por el parecido que tiene con la tradición bíblica de Sodoma y Gomorra—parecido que fué exagerado por el mismo Rosales, cuyo punto de vista explica lo suficiente tal proceder—fué considerada como simple reflejo de la enseñanza de aquellos misioneros. Veremos, sin embargo, que el mito, sacado el barniz bíblico que le fué puesto por el cronista, bien puede ser autóctono americano. Rosales, al mencionar en su descripción geográfica las lagunas llamadas *Tagua-Tagua* (1), continua como sigue: (2)

«Caen estas lagunas veinte leguas al sur de la ciudad de Santiago, cerca del pueblo de Mayoa; tienen seis leguas de circunferencia, muchas truchas, varios géneros de peces y muchedumbre de pajarería de varios colores que sobre las aguas forman un hermoso jardín de flores vivientes. Tiene en medio una pequeña isla que muchas veces se ve nadar por encima de la laguna y moverse con el impulso de los vientos... Lo singular y de grande enseñanza es que conserva una tradición de tiempo inmemorial entre los indios que en aquel sitio antigua-

(1) «*Thahua-thahua*, nombre de cierto pato» (FEBRÉS, *Calepino*, etc., p. 234.)

(2) ROSALES, *Historia general*, etc., p. 258-259.

mente, antes de la venida de los españoles, había un hermoso valle muy ameno y poblado de infinita gente, y que no había laguna ni señal de ella, sino mucha amenidad y sementeras en abundancia para las delicias de los naturales... Era que con la abundancia y el regalo eran sus costumbres tan estragadas y tan enormes sus vicios, que, no contentándose con la muchedumbre de mujeres propias y ajenas, se desenfrenaban (como bestias) en los torpísimos vicios de la sodomía y bestialidad.

«Entraron un día en aquel valle dos hermosos mancebos en el traje y rostros nunca vistos, y en la hermosura y gravedad admirables, que en la realidad eran ángeles, y les dijeron a todos los habitantes de aquella tierra que venían enviados del Señor del cielo y la tierra, del mar y de los vientos, del sol, luna y estrellas, y que venían a requerirles de su parte como los requerían, que se enmendasen de tan enormes vicios y obscenidades con que gravísimamente ofendían al autor de la naturaleza y a su Dios y señor a quien debían todo amor y obediencia; y que si no se enmendaban, serían del Señor gravísimamente castigados en esta vida y más rigurosamente en la otra con eternas penas y tormentos. Y dicho esto, desaparecieron y no los vieron más. Causóles alguna novedad al principio, pero no enmienda, porque perseveraron en sus torpezas. ¡Oh gran paciencia de Dios y grande su misericordia que no se contentó con este aviso!, sino que, pasados algunos años, volvieron los dos ángeles en figura humana y en el traje y hermosura dando muestra de que no eran hombres terrenos, sino espíritus celestiales. Volviéronles a requerir a los indios, afeándoles sus vicios y dijéronles que estaba ya cercano el castigo de Dios si no se enmendaban de sus pecados. Desapareciéronse, y los indios, endurecidos en sus malas costumbres y ciegos a tanta luz, perseveraron en sus delitos, incrédulos del castigo como los de Sodoma. Mas, después de pocos días, vino el castigo de Dios sobre ellos, porque tembló la tierra y se estremeció con tanta furia, que, abriéndose en diferentes grutas y diversas bocas, pronunció la sentencia, y ejecutó el castigo, vomitando tanta cantidad de agua que inundó todo aquel valle y anegó a cuantos en él había, sus casas, sus haciendas y sementeras, sin dejar memoria de aquella tan nefanda gente, y quedando para eterna memoria y escarmiento de los demás, aquella laguna que hoy se ve y ha permanecido después de tantos años que ha sucedido este tan maravilloso caso digno de eterna memoria»...

Como ya fué dicho, el revoque bíblico es tan fuerte que cubrió del todo el fondo indígena; por lo menos el doctor R. Lenz, en su ya citada monografía sobre las tradiciones de los Araucanos acerca de los terremotos, no menciona el segundo texto de Rosales, aunque en éste se dice que «tembló la tierra y se estremeció con tanta furia», etc. Ricardo E. Latcham⁽¹⁾ es más explícito cuando escribe:

(1) LATCHAM, *Ethnology of the Araucanos. Journal of the Royal Anthropological Institute.* XXXIX, p. 349, 1909.

«Here we have a legend, the formation of which is based on strict geological truth, as a brief study of the neighbourhood reveals, but the causes deduced are undoubtedly of a much later date, and are clearly an addition to the original tale, recalling immediately the story of Sodom and Gomorrah. That this part of the legend has not been invented by Indian agency is clear from the fact that none of their deities are attributed with any desire or interest in the goodness of mankind and also that to the Araucano sin has no particular meaning...».

Creemos, sin embargo, que la leyenda bien puede ser americana; reconocemos también el parecido de su urdimbre con la historia de Sodoma y Gomorra, aunque el carácter de la catástrofe final es distinto y corresponde a la leyenda de Noé, habiéndose reemplazado la erupción volcánica con lava ardiente, etc., por un terremoto y maremoto, con la inundación consecuente; pero tal cambio puede explicarse por las experiencias locales de los indígenas. Queda entonces por examinar el fondo de la leyenda, bien parecido, es cierto, al texto bíblico de Sodoma. Destácanse en éste dos motivos, «la maldad de la gente» y «el anuncio de la catástrofe»; pero advertimos que ambos motivos se hallan también en el asunto Noé. Consultando la monografía de Winternitz⁽¹⁾ (que sólo menciona el diluvio noético), resulta que el primer motivo se halla en no menos de 23 leyendas de 17 pueblos de todo el orbe, o sea, en casi la tercera parte de todos los mitos diluviales recogidos hasta la fecha. El anuncio de la catástrofe, en nuestro texto araucano, está hecho *indirectamente* por aquellos dos «ángeles» que amenazaron con un castigo sin especificarlo; anuncios *indirectos* no se mencionan en aquella monografía, pero sí directos que corresponden a nueve leyendas y a nueve pueblos de todo el mundo menos Africa⁽²⁾. Ambos motivos son, pues, universales, y como tienen su importancia tanto en el diluvio noético cuanto en la erupción volcánica de Sodoma, es difícil resolver con cuál de estas dos tradiciones tiene relación nuestro texto araucano. Sea como fuera, el segundo mito de Rosales representa algo de intermedio entre las dos tradiciones bíblicas, y los autores que vuelven a ocuparse de la mitología comparada, ya no deben — como lo hicieron Andree y Winternitz — omitir la historia de Sodoma y Gomorra cuando tratan de mitos diluviales.

(1) WINTERNITZ, obra citada, p. 315.

(2) *Ibidem*, p. 321.

SOL Y LUNA

En el texto de Chimpay, sol y luna aparecen antropomorfizados y como matrimonio, correspondiendo el rol de marido al sol, el de la mujer a la luna. Es por la primera vez, que yo sepa, que en una leyenda araucana se indica esta relación con palabras sencillas e inequívocas; las tradiciones, ya procedentes del siglo XVIII, ya de la época moderna, sólo hablan, de vez en cuando, de la luna como mujer del sol, pero no dicen absolutamente nada respecto a las acciones de la parte masculina o sea del astro solar. Quiere decir esto, que ya en el siglo XVIII la base de la leyenda estaba olvidada y que se conservaba sólo un fragmento relacionado con la luna. Hoy, gracias a una benévola casualidad, disponemos de un texto que también al sol, atribuye cierta actitud, directa y de importancia no despreciable: ¡manda el marido a su mujer! El texto de Chimpay es pues muy antiguo y presenta elementos primitivos y arcaicos (1).

Comuniquemos en seguida todo lo que los cronistas chilenos y los investigadores modernos dicen respecto a la luna en su carácter de mujer del sol:

« La antigüedad pagana colocó a los héroes entre los hombres y dioses, haciéndolos más que aquéllos y menos que éstos; en cuya línea tenían los indios a la *Anchimalgüen* que decían les noticiaba de lo adverso para precaverlo, o de lo próspero para celebrarlo: reputábanla por su deidad tutelar » (2).

« La *anchumallacin* (3), quiere decir mujer del sol, es para ellos una señora joven tan bella y ataviada como benigna, y es cosa rara que no teniendo algún particular respeto al sol, se lo tengan tan grande a la que piensan ser su esposa. Como sobre esto ellos no discurren ni responden cosa de provecho, mi conjetura es que como en los tiempos pasados de las guerras se apareció algunas veces en medio de las huestes contrarias aquella bella mujer que se viste del sol, se corona de estrellas y se calza de la luna, defendiendo a los cristianos y sin hacer más daño a los infieles que retirarlos con la majestad de su divino semblante, y ellos mantienen la memoria de los sucesos muy notables

(1) Un elemento primitivo es también el aire considerado como substancial cuando se dice: «el aire era negro». Corresponde este término al concepto primitivo de la luz y de la noche como dos substancias, independientes de los astros cósmicos, concepto que puede comprobarse para otras leyendas de América, Asia y Oceanía (EHRENREICH, *Die Mythen und Legenden der südamerikanischen Urvölker und ihre Beziehungen zu denen Nordamerikas und der alten Welt*, p. 14 (nota), 29. Berlín, 1905).

(2) CÓRDOBA Y FIGUEROA, *Historia de Chile*, etc., II, p. 25.

(3) Debe ser error de imprenta en vez de: *anchumalghin*. — NOTA DE R. L. N

por la tradición de padre a hijo, se conserva en ellos el sér de la madre de Dios, bajamente expresado en la apelación de mujer del sol.» (1)

«Reconocen también otra divinidad, pero que no se sabe en qué orden la pongan, ni de qué cualidades la revistan, esto es la *Antumalghen* o sea la mujer del sol, a la cual conceden la divinidad que niegan a su marido, a quien no conceden ni aún que sea ente viviente.» (2)

«Los *ulmenes* de la jerarquía celeste araucana son los genios, los cuales presiden particularmente a las cosas creadas y de acuerdo con el buen *Meulen*, procuran equilibrar la enorme prepotencia del *Güecubu*. Hay allí varones y hembras: éstas permanecen siempre vírgenes, porque la generación no tiene lugar en el mundo intelectual. Los varones se nombran *gen*, que quiere decir los señores... Las hembras, pues, las llaman *anchi-malghen*, esto es, las ninfas espirituales: las mismas hacen acerca de los hombres el oficio de *lari* o de espíritus familiares. No hay algún araucano que no se alabe de tener una a su servicio. *Nien cai ñi Anchi-malghen*: yo tengo aún mi ninfa, dicen, cuando salen bien en cualquier negocio.» (3)

De los antiguos gramáticos, sólo el Padre Bernardo Havestadt menciona aquella deidad lunar, pues escribe (4):

«*Antí*, sol, dies, tempus.

«*Anchú malúen*, solis amica, puella, virguncula. Hanc fingunt mederi plagis, vulneribus, morbis; quibus a magis affliguntur: et suos *Machi* (ita suos medicos appellant) eam secum habere; illamque consulere: aliqui dicunt illis Diabolum in figura hujus puellae apparere.»

«*Mallúen*, virgo, puella, foemina, mulier»...

De los autores modernos, hay algunos que han hallado la luna entre la mitología o más bien dicho, demoniología araucana, pues el concepto que tenían los aborígenes chilenos, de otra época, respecto a nuestro trabante, mucho ha cambiado desde entonces. Veamos lo que escribe Tomás Guevara sobre

(1) OLIVARES, *Historia militar*, etc., p. 51-52.

El texto de Olivares fué utilizado por José Pérez García, cuando escribe:

«La *anchumallhuén*, que es decir mujer del sol, y dicen es una señora joven tan bella y ataviada como benigna. Extrañamos que sin tener respeto al sol, se le tenga tanto a su mujer, por lo que conceptúa el Padre Miguel de Olivares en el lugar citado, que como en algunas batallas se les apareció aquella señora que viste del sol, se corona de estrellas y se calza de la luna, ellos mantienen la memoria imperfecta, aun preguntados, no responden cosa que satisfaga.» (PÉREZ GARCÍA, *Historia de Chile* [1810]. Colección de historiadores de Chile y documentos relativos a la historia nacional, XXII, p. 44. Santiago, 1900).

(2) GÓMEZ DE VIDAURRE, *Historia geográfica, natural y civil del reino de Chile* [segunda mitad del siglo XVIII]. Colección de historiadores de Chile y documentos relativos a la historia nacional, XIV, p. 317. Santiago de Chile, 1889.

(3) MOLINA, *Compendio*, etc., p. 170.

(4) HAVESTADT, *Chilidúngu*, etc., núm. 681, 772.

este asunto, después de enumerar los espíritus maléficos de los araucanos (1):

«Entre tales genios del mal, se menciona en la antigua teogonía de estos bárbaros una deidad amable y protectora, la *Anchimalguen*, mujer del sol que les noticiaba de lo adverso para precaverlo y de lo próspero para celebrarlo (2). Era una deificación de la luna. Pero ha llamado la atención la extraña circunstancia de que los indios tributaran homenaje a la luna y no al sol, siendo que el culto repido a ambos, se ha identificado en las razas que lo han tenido (3). La influencia de la invasión incásica, ¿no dejaría ningún vestigio del culto al sol? ¿Se perdería con el tiempo? Por lo que hace a los araucanos, nada concreto puede afirmarse por ahora. Lo cierto es que un grupo social de tipo inferior modifica sus mitos o adopta otros, conservando los suyos, si se relaciona con otra raza superior que ha hecho su evolución en otro medio.

«La verdad es también que los mapuches contemporáneos conocen esta deidad con caracteres diversos de sus primitivos atributos. Creen que la *Anchimallen* desempeña el papel de agente de los brujos y que tiene la forma de una llama errante y fugaz. Aparécese de preferencia a los viajeros en los caminos y métese debajo del caballo. Cuando se intenta enlazarla, huye a esconderse a la casa del brujo. General es entre los araucanos esta creencia. En 1897 apareció en Guadava una *Anchimallen*, cerca de la casa de un viejo y famoso cacique, PENCHULEO, postrado por una enfermedad. Sabedor de semejante circunstancia, dijo que significaba su próxima y segura muerte, y en efecto, pronto dejó de existir.»

En otro trabajo, después de extractar las indicaciones de Molina, Córdoba y Figueroa, Gómez de Vidaurre y Pérez García, continúa Tomás Guevara, respecto al *Anchimallen*, como sigue (4):

«No cabe duda que esta representación protectora traía su origen de la mitología totémica, pues fuera de la bondad que se le atribuía, propia del totem, su etimología (*anchú*, sol, y *malguen*, mujer) demuestra que fué personificación de la luna, llamada en el lenguaje figurado del hombre inferior, «mujer del sol.»

Más en adelante dice respecto a las supersticiones modernas:

(1) GUEVARA, *Historia de la civilización araucana*, etc., I, p. 227-228.

(2) CÓRDOBA Y FIGUEROA, *Historia*, etc., p. 26; OLIVARES, *Historia*, etc., p. 51. Los cronistas escriben *anchimalhuen* y el Padre Febres (debe ser Molina, R. L. N.) *anchimalghen* que se pronuncia *anchimalguen*. Los mapuches dicen hoy *anchimallen*.—NOTA DE Tomás Guevara.

(3) PÉREZ GARCÍA, *Historia*, etc., capítulo X.—Nota de Tomás Guevara.

(4) GUEVARA, *Psicología*, etc., p. 295, 299, 325.

«La *Anchimalguen*, mujer del sol en la mitología pretérita, ha cambiado en su etimología y en su significado. Hoy es *Anchimallen* y representa un genio enano que no sobrepasa de la altura y grosor de un niño de pocos meses. Posee la propiedad de transformarse ya en fuego tenue y fugaz, ya en pequeños reptiles.

«El *Anchimallen* cuida los animales del que se pone bajo su protección, lo secunda en sus venganzas, le da riquezas y salud y lo preserva de maleficios. Pero dispensa todos estos favores a un precio muy exorbitante: se alimenta de sangre humana y el beneficiado debe entregarle periódicamente un miembro de su familia para que apague su terrible sed.

«Corren entre los indios mil cuentos (1) de individuos que han ido perdiendo a sus parientes unos en pos de otros, sacrificados sin compasión por el *Anchimallen*...»

«El mito antropomórfico actual llamado *Anchimallen*, enano maléfico, se ha construido sobre el mito espíritu *Anchimalguen*. Ahora obra activa y personalmente, pero no tiene la propiedad de incorporarse a los objetos que el mapuche atribuye a los espíritus».

Últimamente, T. Guevara escribió sobre nuestra materia lo siguiente (2):

«De la representación astral *Anchimalguen* han formado un mito moderno, el *Anchimallen*, sanguinario y grotesco; es un ser enano, de sexo indeterminado, que se alimenta con los deudos de la persona que lo ha tomado a su servicio para adquirir riquezas, causar daño y conservar el ganado. Se transforma en fuego errante, reptil y pastor para cuidar el ganado de su dueño. En los cuentos míticos figura como devorador insaciable de familias enteras».

En el tomo octavo de su serie, el mismo autor nos facilita los siguientes pormenores (3):

«Antiguamente mataban las madres araucanas los hijos contrahechos, engendrados bajo la influencia del *wekuf*, poder maléfico, o nacidos así porque la embarazada había mirado un *waillepeñ*, animal mítico deforme. Esta reencarnación no representaba un espíritu bueno.

Idéntico era el concepto sobre los gemelos, que traían desgracias a la familia, por lo cual se eliminaba a uno de ellos o se le cedía para alejarlo de la casa.

Hasta hace poco, solían encontrarse en las escavaciones, grandes ollas con restos de párvulos que habrían sido, a no dudarlo, de uno de los gemelos.

En la costa, desde Arauco para el sur, corría uniformemente la tradición de que el mito ígneo *anchimallen*, se hacía de un recién nacido

(1) En las páginas 330-331, 339-340, 351-353 de la *Psicología del pueblo araucano*, hay mitos donde el *Anchimallen* desempeña su papel.—NOTA DE R. L. N.

(2) GUEVARA, *Las últimas familias*, etc., p. 274.

(3) GUEVARA, *La mentalidad araucana*, p. 122-123. Santiago de Chile, 1917.

puesto en una olla grande para que no se desarrollase. Es de creer a algunos indios viejos que así se guardaba uno de los gemelos.

Se contaba también por esa región, que las mujeres que acompañaban a la parturiente, escondían en esas vasijas los recién nacidos a fin de que no fuesen robados para hacer *anchimallen* (informes recogidos por el autor entre los indios costinos).»

Fray Félix José de Augusta, al fin, no dice otra cosa que *anchimallen*, es un «trasgo, duende que aparece en figura de un pigmeo» (1).

En la moderna literatura etnológica de Chile, además de los párrafos recién transcriptos, hay otro más, relacionado con nuestro tema que se debe a Ricardo E. Latcham (2):

«The moon, *Anchimalguen* (wife of the sun), was their only beneficent deity. The protected and advised them of any disaster, showing them their enemies, and frightening away the evil spirits. This is easily understood when one remembers that night attacks are seldom undertaken on moonlight nights, and that most savages have a great fear of the dark when alone. It also accounts for the faith placed in the signs of the moon, whose phases were always consulted in their principal undertakings. A red moon was considered to be a sign of the death of some important personage. What is curious, especially if we consider their contact with the Incas, is that the sun has no place in their religious beliefs.»

Para ampliar los datos interesantes que anteceden, nos dirigimos al señor R. E. Latcham por carta y tuvo la deferencia de contestarnos, con fecha diciembre 20 de 1916:

«Mis observaciones, escribe, eran personales, recogidas durante una permanencia de más de tres años entre las tribus del sur en íntimo contacto con ellas, 1888-1891...»

La luna nueva sale delgada y demacrada después del parto, y la estrella vespertina que aparece junto a ella en ese período, es el hijo recién parido. (3)

También he oído en otra versión que esta estrella es un perrito que guía sus pasos mientras crece y gana fuerzas después del desembarazo [no dicen entonces, quién es el hijo, R. L. N.].

Esto, lo mismo que el nombre *anthü-malhuen*, mujer del sol, sólo se emplea actualmente en sentido alegórico o en cuentos y leyendas; el nombre corriente que dan los mapuches a la luna, es *küyen* (*quiyen*).»

(1) AUGUSTA, *Vocabulario*, etc., I, p. 8.

(2) LATCHAM, *Ethnology of the Araucanos*, etc., p. 347.

(3) Compárese con esto la creencia de los Tobas respecto al parto de la luna, página 57 de este trabajo.—Nota de R. L. N.

EL CORRAL DE LOS MUERTOS

No hay tal recinto en la mitología de los Araucanos chilenos (1), pero sí en la de los Puelche, de la Patagonia setentrional, como lo he podido comprobar en un viaje hecho al Río Negro al principio del año 1916. Allá en la Primera Angostura, algo al Oeste de Carmen de Patagones, vivía el anciano Millaluan (=Guanaco de oro, en lengua mapuche), de padre araucano y madre puelche, uno de los últimos representantes de la lengua llamada Puelche por d'Orbigny. Este anciano, además de una preciosa leyenda cosmogónica que publicaré en otro estudio, me dió a conocer los nombres de las constelaciones sidéreas que sabía; entre ellas, hay «el corral de los muertos» cuya situación en el cielo no me pudo determinar con certeza absoluta, aunque fijándose en el cielo nocturno; pero me dijo que ese corral (*gaiya uájuar*, en lengua puelche, con la explicación: «paradero de los muertos; como si fuera un corral; así tiene la forma») debe corresponder a la región relativamente grande situada al sur del Orión y caracterizada por la escasez de estrellas grandes; es decir, la región limitada por las estrellas Orionis κ ζ ϵ δ η β \times Leporis λ ν α ζ . Con este «corral de los muertos», se relaciona en la creencia puelche el «camino de los muertos» (*gaiya uápatrsh*) o sea la Vía láctea.

COMENTARIO COMPÁRATIVO RESPECTO A PERÚ

EL DILUVIO

La comparación de nuestra leyenda con otras análogas, respecto al diluvio, su base, mucho fué facilitada gracias a varios estudios sobre este tema, de los cuales podíamos consultar

(1) «El corral de los muertos», por cierto no es idéntico con la casa que el miembro de una familia ha de construir para sí y los demás parientes después de la muerte; véamos como un indio araucano recomienda a su hijo moribundo esta tarea: «Ya es llegado la hora de vuestra muerte, hijo mío, esforzaos para que lleguéis a la otra vida con bien, y mirad, hijo mío, que en llegando a la otra parte del mar, sembréis, luego que lleguéis, muchas habas, alverjas, y maíz, papas, trigo y cebada, y de todas legumbres. Y haced una casa grande para que quepamos todos en ella, porque vuestra madre y yo estamos ya más de muerte que de vida, por la mucha edad que tenemos, que presto estaremos con vos por allá, y por esto os digo que sembréis mucho para que entremos comiendo.» (OVALLE, *Histórica relación del reino de Chile*. II. *Colección de historiadores de Chile y de documentos relativos a la historia nacional* XIII, p. 197. Santiago de Chile, 1888.)

las dos ya citadas monografías de Andree y Winternitz; ambas se complementan mutuamente: mientras la primera, presenta los extractos de los textos respectivos, la segunda los analiza en todos sus detalles y de un modo sinóptico. Ambos autores confirman la opinión de los etnólogos que no admiten origen común de la tradición diluvial, sino orígenes variados y cronológicamente distintos. Tratándose entonces de un mito universal, es menester, para comparar un texto nuevo con los ochenta y tres que se han reunido hasta la fecha, separar detalles especiales, como lo hiciera Winternitz, y utilizarlos para comprobar identidad eventual. Sirviéndonos del análisis del autor recién citado, dejamos constancia que *el motivo del «cerro flotante» se halla sólo y exclusivamente en la tradición diluvial de los araucanos y peruanos*. En lo que hace a estos últimos, hay varios textos transmitidos por los antiguos cronistas, con o sin el motivo del «cerro flotante»; algunos textos han quedado inéditos y sólo dos fueron utilizados para las monografías, arriba mencionadas. No cabe reproducir en su integridad los que ya se han publicado; citaremos sólo los párrafos referentes al motivo del «cerro flotante», dice Sarmiento de Gamboa al relatar la tradición diluvial de los Cañaris:

«Como las aguas iban creciendo, el monte iba nadando y sobreguando de tal manera, que nunca fué cubierto de las aguas del diluvio» (1)...

El texto de Sarmiento de Gamboa, no era editado aún cuando Andree, y siguiendo a éste, M. Winternitz, publicaron sus estudios respectivos. Ambos, sin embargo, han bien observado el motivo del «cerro flotante» (2) que conocían por intermedio del abate Bresseur de Bourbourg. Éste, en la introducción a la *Relation des choses de Yucatan de Diego de Landa* que editó en París (1864), utilizó, con fines comparativos, una copia del manuscrito de Cristóbal de Molina, *Relación de las fábulas y ritos de los Incas*, etc., no publicado todavía en 1864, y además la copia de un manuscrito de Francisco de Avila

(1) SARMIENTO DE GAMBOA, *Segunda parte de la historia general llamada india...* edición R. Pietschmann (= *Geschichte des Inkareiches von Pedro Sarmiento de Gamboa. Abhandlungen der Königlichen Gesellschaft der Wissenschaften zu Göttingen, Philol.—Hist. Klasse N. F. VI núm. 4.* p. 24. Berlín, 1906).

(2) ANDREE, obra citada, p. 117. — WINTERNITZ, obra citada, p. 321.

inédito hasta la fecha (1). Ambos cronistas relatan la tradición peruana del diluvio, y de los dos textos respectivos, Brasseur hizo una sola composición, en la cual el motivo del «cerro flotante» (que ha de hallarse en el manuscrito de Avila), fué elegido en vez del motivo del «cerro creciente» que se encuentra en el documento de Cristóbal de Molina, publicado más tarde varias veces (2). Brasseur, en la página 31, relata el detalle que nos interesa, con las palabras siguientes: «...à mesure que la mer montait, remplissant les vallées et les plaines d'alentour, la montagne d'Ancasmарca s'élevait de son côté comme un navire au-dessus des flots...»

El motivo del «cerro flotante», es muy emparentado con el del «cerro creciente» que conviene explicar a continuación. Encontramos este último motivo en la recién tratada leyenda del pastor de Ancasmарca tal cual la transmite C. de Molina, mientras que, como fué demostrado, F. de Avila adorna el mismo mito con el cerro que nada; se ve por este detalle cuán íntimamente relacionados están los dos motivos, representando variantes mutuas. Molina escribe (3):

«En la provincia e indias de Ancasmарca, que es cinco leguas del Cuzco, en la provincia de Antisuyo, tienen la fábula siguiente: Dicen que cuando quiso venir el diluvio, un mes antes los carneros que tenían, mostraron gran tristeza y que de día no comían y que de noche estaban mirando a las estrellas, hasta tanto que el pastor que a cargo los tenía, les preguntó qué habían, a lo cual le respondieron que mirase aquella junta de estrellas; las cuales estaban en aquel ayuntamiento en acuerdo de que el mundo se había de acabar con aguas. Y así oído esto, el pastor lo trató con sus hijos e hijas las cuales eran seis, y acordó con ellas que recogiesen comida y ganado lo más que pudiesen, y subiéronse a un cerro muy alto llamado Ancasmарca; y dicen como las aguas iban creciendo y cubriendo la tierra, iba creciendo el cerro, de tal manera que jamás le sobrepujaron...»

La leyenda del pastor de Ancasmарca, también es narrada, casi con las mismas palabras, por el padre Bernabé

(1) AVILA, *Tratado y relación de los errores, falsos dioses y otras supersticiones y ritos diabólicos en que vivían antiguamente los indios de las provincias de Huaracheri, Mama y Chaclla y hoy también viven engañados con gran perdición de sus almas* (manuscrito en la Biblioteca Nacional de Madrid); según Marcos Jiménez de la Espada (*Tres relaciones de antigüedades peruanas*, p. XXXIII-XXXIV, Madrid, 1879), aquel tratado de Avila es el comienzo de la traducción castellana de apuntes en quichua que se hallan en el mismo códice, traducción que ha quedado trunca.

(2) MOLINA, *Relación de las fábulas y ritos de los Incas... Colección de libros y documentos referentes a la historia del Perú*, I. Lima, 1916

(3) MOLINA, *Relación*, etc., p. 13-14

Cobo (1); los párrafos que nos interesan, son los siguientes:

«Cuentan que como las aguas iban creciendo y anegando la tierra, iba levantándose el dicho cerro de tal manera que jamás fué cubierto de ellas; y después, al paso que iba el agua menguando y recogién-dose, se iba el cerro bajando hasta quedar asentado en su lugar...»

La tradición de los Cañaris, ya extractada al principio de este capítulo (texto de Sarmiento de Gamboa), según la cual el cerro, con el aumento de las aguas, empieza a nadar, presenta en el texto de Molina la variante del cerro creciente pues leemos (2):

«En la provincia de Quito está una provincia llamada Cañaribamba, y así llaman los indios Cañaris por el apellido de la provincia, los cuales dicen que al tiempo del diluvio en un cerro muy alto llamado Huayñan, que está en aquella provincia, escaparon dos hermanos en él, y dicen en la fábula que como iban las aguas creciendo iba el cerro creciendo, de manera que no les pudieron empezar las aguas... (3)

Resumiendo, comprobamos: que en la leyenda diluvial de los Cañaris, el cerro milagroso, o nada (texto de Sarmiento) o crece (texto de Molina); y que también en el mito del pastor de Ancasmarcha, o nada (Avila), o crece (Molina, Cobo). Los motivos del «cerro flotante» y del «cerro creciente», son pues, meras variantes del mismo tema. La primera, fué comprobada por Winternitz como típica para Perú y Chile (ver el texto chileno de Olivares, p. 34 y de Ignacio Molina, p. 36); el motivo del «cerro creciente» le era desconocido, y agregamos nosotros que sólo se halla en la mitología de esos mismos países (ver respecto a Chile, el texto de Córdoba y Figueroa, página 34; de F. J. de Augusta, página 40; de Robles Rodríguez, página 41; el texto de Rosales, no distingue bien entre ambos motivos, ver página 31, nota 4 y página 33, nota 5).

(1) COBO, *Historia del nuevo mundo*, III, p. 315. Sevilla, 1892.

(2) MOLINA, *Relación*, etc., p. 12.

(3) Brasseur de Bourbourg, quien dió a conocer, en 1864, un extracto francés también de esta leyenda (ver más arriba), la relata en concordancia con Molina, pues escribe (página XXXI): «... Deux frères se sauvèrent seuls au sommet d'une montagne appelée Huaca Iñan, dans la province de Cañaribamba. Mais les flots de ce déluge grondèrent vainement autour d'eux : à mesure qu'ils s'élevaient, la montagne se soulevait au dessus des eaux, sans pouvoir en être atteinte, et finit par arriver à une hauteur considérable. Lorsque le danger fut passé avec l'écoulement des eaux...». Es extraño que Andree, al servir de relato de Brasseur (obra citada No. 77), transforma el cerro «creciente», en «flotante»; esta misma transformación se halla, por consiguiente, también en la monografía de Winternitz.

SOL Y LUNA

La relación entre sol y luna varía mucho en la mitología primitiva, presentándose ambos astros ya como dos personas de sexo distinto, ya como matrimonio, ya como hermanos (con todas las combinaciones posibles), etc., sin que hasta la fecha fuera posible comprobar zonas características para cada una de esas relaciones. El motivo «sol + luna = marido + mujer» no se presta, pues, para comparaciones de amplio alcance siempre que no se trata de países vecinos como lo son el Perú y Chile; además, en el presente caso, la influencia del antiguo reino de los incas sobre sus vecinos australes, cada día resulta más claro respecto a asuntos arqueológicos, etc. Estamos pues autorizados a entablar identidad mitológica entre Chile y Perú cuando en ambas regiones, sol y luna se nos presentan como marido y mujer.

El motivo mitológico «sol + luna = marido + mujer», respecto a Sud América, parece estar reservado al espinazo andino (1) con una ramificación pequeña, y principia con Venezuela-Colombia para terminar en la Tierra del Fuego. Comprobaremos este interesante fenómeno con los respectivos datos bibliográficos:

(1) Entre los *Tupí* del Río Solimões, Brasil, sol y luna son *novio y novia* que nunca se casaron, sino hubiera perecido el mundo: el sol, con su calor, hubiera quemado la tierra, y la luna, con sus lágrimas, la hubiera inundado; las lágrimas apagarían el fuego y el fuego haría evaporar el agua. Separáronse pues los novios, pero la luna lloró día y noche y sus lágrimas corrían hasta el mar. Éste se enojó y creció una mitad del año para menguar la otra; por esto, las lágrimas de la luna no podían mezclarse con las aguas del mar y formaron el Río Amazonas (BARBOSA RODRÍGUEZ, *Poranduba amazonense... Annaes da Bibliotheca Nacional do Rio de Janeiro*, XIV, fas. II, p. 212. 1886-1887.)

Entre los *Guaraníes* de las Misiones del antiguo Paraguay, hoy en día, probablemente en las cercanías de la laguna Iberá, corre una leyenda, apuntada por Filiberto de Oliveira César, pero transcrita, desgraciadamente, en forma novelesca; según ella, el sol es un joven enamorado y la luna, una muchacha que persigue; he ahí un extracto: Carai Guazú, el Gran Señor, se enamora de Ñaceindég (la luna), hija de un pobre cazador, pero es rechazado por ella; después de mucho andar en el mundo, un anciano moribundo le da una bolsita verde, talismán para el amor, que debe llevar al cuello (consiste en un racimo de cera del árbol *ñopinday*, hecha por el coleóptero *cuarundú*, la que debe buscarse después de vivir solitario y después de dos días de ayuno en la época que salga la luna en la mitad de la noche; la cera juntada en estas condiciones, será retobada en cuero de *mboiloro*, víbora verde que ha de ser soltera). Merced al efecto mágico de ese talismán, la misma niña le ofrece su amor al anciano Carai Guazú y viven juntos, muchos años, hasta que ella, curioseando, descubre en el pecho del esposo durmiente la bolsita verde y se la cambia por otra, guardando la original en su cabellera. Desaparecido con esto su amor hacia Carai Guazú, se va, pero a causa del talismán amorífero, es perseguida continuamente por Cuaragég (el sol).— El final de la leyenda, no corresponde bien a su base astral: Carai Guazú, rabiando, persigue a los dos sin alcanzarlos, porque háense transformado en luna y sol, respectivamente, y muere consumido por la más grande desesperación (de OLIVEIRA CÉSAR, *Leyendas de los indios Guaraníes*, p. 71-89. Buenos Aires, 1893).

En *Venezuela*, los Cumaná, «adoraban a sol y luna y teníanlos por marido y mujer y grandes dioses; temían los relámpagos y truenos diciendo que el sol estaba con ellos airado; ayunaban los eclipses y en especial las mujeres; y las casadas se mesaban y arañaban; y las doncellas se sangraban de los brazos con espinas de peces, y pensaban que la luna estaba herida del sol por algún enojo.» (1)

En *Colombia*, los Chibchas de Bogotá, «como entre las demás criaturas [del dios Chiminigagua] veían la más hermosa al sol, decían que a él se debía adorar, y a la luna como a su mujer y compañera, de donde les vino que aun en los ídolos que adoran, jamás es uno sólo, sino macho y hembra.» (2) «Creían todos los indios que había un autor de la naturaleza que hizo el cielo y la tierra; mas no por eso no dejaban de adorar por Dios al sol por su hermosura, y a la luna porque la tenían por su mujer; a ésta llamaban Chia, y al sol Zuhé.» (3) En otro párrafo (4), se lee como después de la desaparición del héroe civilizador Bochica, «aportó después una mujer de extremada belleza que les predicaba y enseñaba cosas muy contrarias y opuestas a la doctrina de Bochica;... pero como eran malas las cosas que enseñaba, dicen los más que el Bochica la convirtió en lechuza; otros que la trasladó al cielo para que fuese mujer del sol y alumbrase de noche sin parecer de día por las maldades que había predicado y que desde entonces hay luna.» (5)

Entre los habitantes del *Perú*, la adoración del sol era base de su religión y no necesita comprobantes literarios, pero

(1) HERRERA, *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar Océano*, III, p. 128, 2. Madrid, 1726.

(2) IMÓN, *Noticias históricas de las conquistas de tierra firme en las Indias occidentales*, II, p. 279. Bogotá, 1891.

(3) FERNANDEZ PIEDRAHITA, *Historia general de la conquista del nuevo reyno de Granada*, p. 17. Amberes, 1676.

(4) FERNANDEZ PIEDRAHITA, *Historia general*, etc., p. 18.

(5) Conviene dejar constancia que entre los indígenas de la provincia de Tunja y del gran valle de Sogamoso, había otra ecuación de la fórmula «sol + luna», e. d. la ecuación «sobrino, hijo de la hermana + tío materno»: dice el padre Pedro Simón (*obra citada*, II, p. 312): «El cacique de Somagoso mandó al de Ramiriquí que era su sobrino, se subiese al cielo y alumbrase al mundo hecho sol como lo hizo, pero viendo no era bastante para alumbrar la noche, subióse el mismo Sogamoso al cielo y hízose luna, con que quedó la noche clara y los indios obligados a adorar a entambos.» Esta creencia corresponde exactamente a la sucesión hereditaria en el cacicazgo que el hijo de la hermana del cacique fallecido, hereda de su tío materno (SIMÓN, II, p. 147); indica además a primitiva preponderancia del culto lunar sobre el culto solar, comprobada por la moderna mitología comparativa.

ellos pueden ser útiles para averiguar las creencias respecto a la luna. Estas últimas presentan tres variantes, a saber:

Según la primera, el sol es un hombre y la luna una mujer, sin que haya parentesco o matrimonio; por lo menos se lee (1): la adoración principal «era al sol al cual tenían que era hombre, y así particularmente le adoraban los hombres; y a la luna tenían por mujer, y la adoraban particularmente las mujeres.» Es probable que esta indicación aislada, es incompleta, faltándole el detalle de la luna como mujer del sol, relatado en las dos variantes siguientes:

Según la segunda, ambos astros representan un matrimonio (el sol = marido, la luna = esposa), cuyos hijos, o son las estrellas, o el primer inca Manco Capac; escribe López de Gomara (2): «tienen por dioses principalísimos al sol y luna y tierra, creyendo ser ésta la madre de todas las cosas, y el sol, juntamente con la luna, su mujer, criador de todo»... Cobo (3) dice: «pintábanlo [el sol] en su imaginación como si fuera hombre, y consiguientemente decían que la luna era su mujer y las estrellas hijas de entrambos»; y en la traducción de la obra de Velasco se lee (4): «Manco Capac... fut adoré, non comme une simple créature, mais comme le fils du Soleil et de la Lune».

Según la tercera variante, sol y luna son casados y hermanos a la vez, pues la luna es «hermana y mujer del sol, y... madre de los Incas y de toda su generación; así la llamaban Mamaquilla, que es madre luna» (5). Lo mismo refiere la *Relación anónima* (6): «El sol dijeron que era hijo del gran *Illa Tecce*... la luna que era hermana y mujer del sol»...

En el *Chaco*, para gran sorpresa de los especialistas en esta materia, existe también esta creencia entre los Tobas que moran en la gobernación de Formosa, y lindan al Este «con el río

(1) SANTILLÁN, *Relación del origen, descendencia, política y gobierno de los Incas* [c. 1572]. En: *Tres relaciones de antigüedades peruanas*, p. 30. Madrid, 1879.

(2) LÓPEZ DE GOMARA, *Hispania Victrix. Primera y segunda parte de la historia general de las Indias. Biblioteca de autores españoles...* XXII, p. 232. Madrid, 1858.

(3) COBO, *Historia*, etc., p. 324.

(4) VELASCO, *Histoire du royaume de Quito* [1785]. En: H. TERNAUX-COMPANS, *Voyages, relations et mémoires originaux pour servir à l'histoire de la découverte de l'Amérique*, XVIII p. 96. París, 1840.

(5) GARCILASO DE LA VEGA, *Historia general del Perú o comentarios reales de los Incas*, segunda edición, I, libro 3, cap. 21. Madrid, 1722.

(6) *Relación [anónima] de las costumbres antiguas de los naturales del Pirú* [1615-1621]. En: *Tres relaciones de antigüedades peruanas*, p. 138. Madrid, 1879.

Pilcomayo, al Oeste con una línea recta que bajando desde los Andes bolivianos sigue derecho hasta Fortín Belgrano, dividiendo la provincia de Salta de la gobernación de Formosa.» Hállase la indicación recién transcrita en la página 23 de un folleto de 141 páginas, escrito por el septuagenario ex militar y ex misionero Hilario B. Carabassa (1), que dice haber pasado 37 años entre los Tobas; la redacción del opúsculo corresponde a una persona no familiarizada con tareas de esta clase; pero lo que dice respecto a la creencia de los Tobas, varias veces, tiene todo el *cachet* de una narración relatada por un indígena. Los principios de estos indios, dice en la página 23, «comienzan y se pierden en la misma historia, que cuenta cómo el dios Sol casó con la diosa Luna. Las dos supremas divinidades a los dos primeros hijos, hombre y mujer, los bajaron del cielo, y los colocaron en el «jardín tierra» para que lo habitaran y lo poblaran con seres que adorasen a los dos dioses.» Al anochecer, dice nuestro autor más adelante (página 37), el sol pasa al otro mundo, pero primero se sumerge a descansar entre las olas del mar bravío. En la época de la luna nueva, la luna tiene «que ir a brindar los abrazos cariñosos a su excelso esposo el númen llamado Sol» (*ibidem*). Ella «es más pálida que su marido, porque ha tenido unos malos partos, y el cirujano Marte [ha de ser el planeta, R. L. N.] (2) tuvo que operarla muy mucho y varias veces ¡y luego quedó más mortecina! En vista de haberle salvado la vida a su predilecta, el Sol lo aceptó a Marte entre sus dioses secundarios, admitiéndole como tercero entre ellos cuando en el tiempo de pelear, tenía que ayudar a proporcionar las armas, a afilarlas, a envenenarlas, e infundir aliento a los guerreros Tobas» (página 47). Las indicaciones de Carabassa, son completamente nuevas y precisas, mientras que los autores anteriores que han escrito sobre las tribus chaqueñas, se limitan a vagos términos; Juan de Cominges, p. e., dice que «los indios Huanás, adoran en el Sol y en la Luna, a la Providencia» (3)!

(1) CARABASSA, *El trópico del capricornio argentino ó 37 años en're los indios Tobas*. Buenos Aires, 1910. — En otros párrafos, nuestro autor relata el culto atribuido por los Tobas al sol y a la luna.

(2) Supongo que no se trata exclusivamente de Marte, sino de aquel planeta que justamente se hallare más próximo a la luna; compárese también la creencia araucana respecto al parto de la luna, p. 49.—Nota de R. L. N.

(3) DE COMINGES, *El Chaco y sus indios*. *Revista de la sociedad geográfica argentina*, I, p. 23. (1881) 1884.—Reproducido en: *Obras escogidas*, p. 306. Buenos Aires, 1892.

J. Amadeo Baldrich (1) escribe de los Matacos: «Su estado religioso podría ser clasificado de espiritista, si bien reconoce la influencia del sol y de la luna sobre la marcha y los sucesos de su vida, rindiéndoles así un culto especial y medroso, al punto de pedirles modifiquen ciertos estados de la vida.» No debe olvidarse, sin embargo, que otras tribus chaqueñas (los Mocovíes), creían en la fórmula «sol + luna = mujer + hombre» (2), en la cual el rol de ambos astros está invertido, y parece, que en el Chaco hay confluencia de varias fuentes míticas. (3)

Respecto a Chile y los territorios adyacentes, el texto de Chimpay y el mito del Anchimallen, han revelado la relación entre sol y luna en el sentido de marido y mujer, como ya fué explicado anteriormente.

En la *Tierra del Fuego*, entre los Onas, hay varias leyendas con el motivo «sol + luna = marido + mujer.» En la lucha que los hombres tenían con las mujeres para conquistar su supremacía, la hechicera Luna, gran personaje entre las mujeres, es echada al fuego (manchas lunares), y se salva tirándose al agua (4). En otro texto de la misma leyenda, es el marido Sol quien en esta oportunidad, pellizca y quema la cara de su mujer Luna y la persigue a través del cielo y del agua sin alcanzarla (5); según una

(1) BALDRICH, *Las comarcas vírgenes. El Chaco central norte*, p. 241. Buenos Aires, 1890.

(2) GUEVARA, *Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán hasta fines del siglo XV'*, p. 52. Buenos Aires, 1882.

(3) En Bolivia, tan íntimamente ligada con el Chaco y el Perú, también hay una leyenda relacionada con el motivo mitológico que nos ocupa; se trata de una aventura amorosa que Don Sol tuvo con las dos hermanas Doña Luna y Doña Venus y que fué apuntada entre los Tumupassa por Erland Nordenskjöld (*Ferskningar och äventyr i Sydamerika*, p. 500-501. Stockholm, 1915): Sorprende a Sol a las dos hermanas mientras que le robaron la cosecha de sus plantaciones; obliga a Luna a prestarse a sus instintos carnales aunque ella le advierte que esto traería malas consecuencias para su órgano sexual: éste crecería hasta el largo de cuatro brazos y tendría que ser llevado, en adelante, sobre la espalda y en una canasta; aconseja a Sol que se sirva de su hermana Venus. Pero Sol le contestó que esta era muy chica, no le hizo caso y tuvo que sufrir las consecuencias de su apetito. Otra vez, Venus, la otra hermana, vuelve sola a las plantaciones de Sol y se pone a comer de los frutos; al observarla Sol le muestra su órgano viril, pero la muchacha gritando: ¡una víbora, una víbora!, se lo cortó con el cuchillo preparado para partir una sandía. Murió Sol y subió al cielo.

(4) COJAZZI, *Contributi al folk-lore e all'etnografia dovuti alle missioni salesiane. Gli indii dell'arcipelago fueghino*, p. 32. Torino, 1911.

De esta obra, hay una edición castellana que en puntos importantes, por ejemplo en las páginas citadas, varía notablemente del original italiano; le falta también todo el vocabulario alacaluf que va al fin del original. Hemos utilizado, por consiguiente, la edición princeps. El título de la versión española es la siguiente:

COJAZZI [sic], *Los indios del archipiélago fueguino. Revista chilena de historia y geografía*, IX, p. 288-352; X, p. 5-51. 1914.

(5) COJAZZI, *Contributi*, etc., p. 80-81. — El autor no se ha dado cuenta que se trata de variantes del mismo tema.

tercera versión (1), son golpes que el marido aplica a su mujer.

Según otra leyenda (2), el fin de la tragicomedia matrimonial es algo distinto: al principio, el sol corre a la luna sólo en el cielo hasta que el héroe Kuanip o Coan-yi-pej quiere servirse de una muchacha que tenía vergüenza porque era de día y aquellos dos (texto de Cojazzi) o el sol (texto de Dabbene) verían todo; entonces el héroe enamorado manda que Sol y Luna (Cojazzi) respectivamente el Sol sólo (Dabbene) se escondiesen el tiempo necesario bajo el cielo.

Otra leyenda, al fin, (3) cuenta que los esposos Sol-Luna moraban en la tierra, pero cuando la gente se puso mala y empezó a pelear, fueron al cielo y mandaron un gigante (el planeta Marte) quien mató la gente a golpes y la puso en una bolsa. Después hizo dos cerros de los cuales salían, al cabo de tres meses, un hombre y una mujer, respectivamente, los padres de los Onas actuales.

EL ORIGEN DE LAS LEYENDAS DILUVIALES DE LOS ARAUCANOS

En las líneas anteriores, fué demostrada la estrecha relación entre los mitos diluviales de Chile y Perú; puede, pues, uno suponer que se trata de variaciones sobre el mismo tema si haría omisión de un rasgo, característico para Chile y que falta en las leyendas del Perú: el motivo de las dos víboras enemigas. Repasando los textos chilenos resulta que ambas víboras se llaman según el grito que saben pronunciar (en la creencia araucana), *cai-cai filu* respectivamente *then-then filu*, pero generalmente se suprime la palabra *filu* = serpiente (4), y la simple voz de los dos ofidios (en la reproducción fonética de los araucanos) basta para designarlos. Uno de esos dos reptiles, el *then-then*, es el señor de la montaña; el otro, el *cai-cai*, es el señor de la mar, y este último empieza a atacar al primero, con las consecuencias que relata el mito. El motivo de las dos víboras, es pues *esencial* en las leyendas chile-

(1) DABBENE, *Viaje a la Tierra del Fuego y a la Isla de los Estados. Boletín del instituto geográfico argentino*, XXI, p. 76-77. 1900. — DABBENE, *Los indígenas de la Tierra del Fuego. Contribución a la etnografía y antropología de los fueguinos. Ibidem*, XXV, p. 271. 1911.

(2) COJAZZI, *Contributi*, etc., p. 82; DABBENE, *Viaje*, etc., p. 70; *Los indígenas*, etc., p. 271.

(3) DABBENE, *Viaje*, etc., p. 76; *Los indígenas*, etc., p. 271.

(4) La combinación *then-then filu* no se halla en los textos

nas (1), pero al examinar la realidad zoológica resulta—¡oh gran sorpresa!—que en Chile, no hay ofidios de tamaño e importancia suficientes para desempeñar rol tan fundamental en una leyenda que se basa en catástrofes notables. Aunque los especialistas en esta materia, no están de acuerdo respecto a la clasificación sistemática de las serpientes chilenas y separan hasta 45 especies distintas (2), no hay la más mínima duda que el significado de los ofidios en Chile, es casi nulo. Cabe pues, suponer que aquellas leyendas chilenas que atribuyen tanto poder a esta clase de reptiles, no son oriundas de este país y proceden de otro donde la vida de las serpientes es característica para la fauna en general. Como patria de los mitos diluviales de Chile, aparece, pues, una región tropical sudamericana, abundante en grandes ríos, devastada por inundaciones y notable por una fauna de enormes ofidios acuáticos. Leyendas relacionadas con esta clase de animales se difundían después a regiones donde no los había, en nuestro caso hasta Chile, adquiriendo al mismo tiempo detalles locales, como ser el de erupciones volcánicas. Por otra parte, desde, el Perú, llegó otra corriente mitológica hasta Chile, caracterizada por el cerro mítico que sabe crecer o nadar cuando las aguas de la inundación lo rodean, y caracterizada también por las creencias primitivas respecto al sol y a la luna; así que dos corrientes distintas, confluían en territorio chileno donde se apoderaron de materiales locales para formar un manantial mitológico cuyos desagüaderos hemos seguido en el presente trabajo.

RESUMEN

Un texto recogido entre los Araucanos argentinos, da cuenta de un gran diluvio, producido por lluvias continuadas.

En este detalle, varía de las tradiciones chilenas según las cuales, la inundación se debe a una salida del mar; ésta a su vez, es originada por la víbora Caicai, señora del mar, que se lanza, con sus aguas, contra la víbora Tengteng, señora de la

(1) La importancia esencial de las dos víboras en las leyendas chilenas que hemos estudiado, es tanto más curiosa en cuanto esta clase de reptiles, apenas tiene significado mítico entre los aborígenes de Sud América (EHRENREICH, *obra citada*, p. 28: «Auffallend gering ist... die mythische Bedeutung der Schlange.»).

(2) PHILIPPI, *Sobre las serpientes de Chile. Anales de la Universidad de Chile*, CIV, p. 751-725. 1899.

montaña, pero ésta hace crecer o hasta nadar el cerro en el cual se habían refugiado hombres y animales.

El motivo de «las dos víboras enemigas», falta por consiguiente en nuestro texto, pero también en las leyendas diluviales del Perú; es típicamente chileno y tanto más notable en cuanto este país, no alberga ofidios de tamaño especial; el origen de este motivo, debe pues buscarse en regiones tropicales que abundan en grandes ríos y que sufren inundaciones grandiosas.

Los motivos del «cerro creciente» y del «cerro flotante», variantes del mismo tema, tampoco se hallan en nuestro texto, y representan una característica mitológica de Chile y Perú.

Durante esta lluvia inundadora, explica nuestro texto, «era de noche», «el aire era negro»; el concepto de la noche o del aire como algo substancial, es muy primitivo y merece atención especial.

Los indios entonces, sigue nuestro mito, pidieron al sol que les alumbrara el camino; pero éste encargó a su mujer la luna; y como llovía, el fuego que la luna llevaba en sus manos, se enfrió en el camino y quedó desde entonces, sin efecto calorífero.

El motivo «sol + luna = marido + mujer», en cuanto a Sud América, parece estar reservado al espinazo andino con una proliferación chaqueña: principia en Venezuela (Cumaná) y Colombia (Chibcha), se desarrolla en el Perú de una manera notable, manda un ramo al Chaco (Tobas), sigue desde el Perú a Chile y su región vecina (Araucanos) y termina en la Tierra del Fuego (Onas). Entre los Araucanos, sólo los de la Pampa (nuestro texto) han conservado el motivo en su integridad; entre los de Chile, se había salvado únicamente la designación *anchimallen* (= mujer del sol) para la luna, pero hoy en día, esta voz ya no tiene siquiera su acepción primitiva sino que significa un duende enano, sanguinario y grotesco, de sexo indeterminado.

Entre los detalles accesorios mencionados en nuestro texto, llama la atención «el corral de los muertos», pues los indios se habían dirigido al sol, no solamente para que les alumbrara el camino, sino también (y esto resulta del párrafo siguiente) para que «impidiera que los espíritus de los muertos malos entraran en el corral de los muertos.» No hay tal recinto

en la mitología de los Araucanos chilenos, pero sí en la de los Puelche, de la Patagonia septentrional, que así llaman a una constelación sidérea (investigaciones nuestras).

Por sus elementos arcaicos y verdaderamente americanos, el texto de Chimpay tiene una importancia especial para los estudios mitológicos sudamericanos.

INDICE

	Página
Introducción.....	28
El texto de Chimpay.....	29
Comentario comparativo respecto a Chile..	30
El diluvio.....	30
Sol y luna.....	45
El corral de los muertos.....	50
Comentario comparativo respecto a Perú.....	50
El diluvio	50
Sol y luna.....	54
El origen de las leyendas diluviales de los Araucanos.....	59
Resumen.....	60
